

## MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR A DON RAMON SALINAS DONOSO

El 16 de noviembre se celebró en los salones del Instituto la tradicional ceremonia de entrega de la Medalla de Oro y del Diploma de Honor, que correspondió este año al distinguido ingeniero, don Ramón Salinas Donoso.

Parientes y amigos del agraciado, socios, autoridades y representantes de las industrias, estuvieron presentes en este acto.

El Presidente del Instituto, ingeniero don Domingo Tagle de la Barra, inició la ceremonia con sencillas, pero significativas palabras. A continuación, el ingeniero don Francisco Javier Domínguez, que obtuviera en 1954 la Medalla de Oro, en un emotivo discurso hizo la presentación de don Ramón Salinas Donoso.

Posteriormente, el agraciado recibió de manos de don Domingo Tagle la Medalla de Oro y el Diploma de Honor que le confirió el Instituto de Ingenieros de Chile. En seguida, don Ramón Salinas agradeció al Instituto, en un brillante discurso, las distinciones de que había sido objeto, luego se refirió a la profesión, al desarrollo histórico de las empresas e industrias en Chile y, por último, hizo una comparación entre la juventud de su tiempo y la actual.

### *Discurso del Sr. Domingo Tagle*

El Instituto de Ingenieros de Chile va formando una valiosa tradición, cuyo principal objetivo consiste en presentar a la opinión pública y, especialmente, a nuestros profesionales el meritorio aporte que la Ingeniería hace al progreso de la Patria.

Año a año vamos agregando un nombre en el Cuadro de Honor que decora nuestra Sala de Actos. Tenemos ya una larga lista cuya lectura nos trae a la memoria los nombres de ilustres ingenieros que, con su vida ejemplar, han escrito bellas páginas en la historia de la Ingeniería chilena.

Este año, reunidos los Directorios Ejecutivo y Consultivo acordaron por unanimidad, otorgar la Medalla de Oro y el Diploma de Honor para el año 1955, a don Ramón Salinas Donoso, y agregar su nombre en nuestro Cuadro de Honor.

El año pasado fue conferida igual distinción al ingeniero don Francisco Javier Domínguez Solar; es a él a quien corresponde presentar a don Ramón Salinas y señalar sus méritos.

Yo sólo debo expresar en pocas palabras una de las consideraciones hechas en el Directorio. En estos momentos en que nuestra Patria se enfrenta con una aguda crisis de producción, con una pobreza franciscana que no le permite satisfacer en forma decente las necesidades de sus hijos, el Instituto de Ingenieros destaca a un hombre que ha hecho de la Ingeniería la herramienta adecuada, la

mejor herramienta, para aumentar la producción y distribución de bienes, para mejorar las condiciones de vida de los que lo rodean y de muchos más.

Por último, tengo el agrado de manifestar mi satisfacción personal por esta distinción que el Instituto otorga a mi amigo Ramón. A sus órdenes di mis primeros pasos como ingeniero, después fueron muchos años y muchas labores realizadas en colaboración con su empresa; tuve la oportunidad de aprender muchas cosas de él, la oportunidad de conocerlo, de apreciarlo y puedo decirles que en su fondo hay algo de gran valer, algo de un inmenso valor, algo que no es exclusivo de nuestra profesión, algo que Ramón heredó de su madre, la señora Domitila, y eso es un corazón de cristiano que sabe amar a Dios, que sabe amar el prójimo, que sabe desparramar con generosidad las fuentes de su talento.

*Discurso del Sr. Francisco Javier Domínguez*

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros, señoras y señores, estimado colega:

Si las cosas casuales de la vida rara vez nos traen satisfacciones plenas, el hecho de que me haya tocado a mí hacer el elogio de Ramón Salinas Donoso, en el momento en que el Instituto de Ingenieros de Chile le entrega la medalla de oro de 1955, es sin duda una cosa que tanto me complace, que no puedo creerlo simplemente obra del acaso. Conocí a Ramón al salir de la Universidad y conviví con él en la Comisión de Puertos, y después Departamento de Obras Marítimas durante seis años, precisamente los seis años en que comenzó a ejercer sus funciones profesionales y en que se gestaron en su mente emprendedora los rumbos nuevos que anhelaba dar a su vida profesional. Ahí en el adolescente, de apenas 20 años se perfilaba esa suavidad en el modo y esa firmeza indomable de roca que anima su voluntad para emprender grandes cosas, y que es la que asegura su éxito. Creo pues haber sido testigo del momento en que Ramón empezó a ser el profesional que hoy es, y un testigo muy especial, pues una verdadera amistad nos unió desde ese momento y ha perdurado a pesar de vernos, después, en la vida de tarde en tarde, pero siempre manteniendo latente aquella intimidad que en la juventud nos unió.

Nació Ramón el 6 de abril de 1902, hijo de don Roberto Salinas Letelier, muerto hace muchos años y de la señora Domitila Donoso Donoso, a quien conocí y supe apreciar, recientemente fallecida. Sus estudios de humanidades fueron cursados en el Instituto Nacional y fue bachiller en 1917. Los estudios superiores de Ingeniero Civil los hizo en la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, que le otorgó el título en 1922, tras un triple proyecto de Puertos, Ferrocarriles y Resistencia. Fue tanto en Humanidades, como en la instrucción superior un alumno muy distinguido. En septiembre de 1927 contrajo matrimonio con María Acuña Herreros y su hogar tuvo siete retoños, algunos de los cuales ya han formado también su propio hogar, y por eso, a edad temprana ha podido gozar Ramón de las delicias de los nietos, que hoy llegan a cinco. El segundo de sus hijos es Ingeniero Civil, titulado este año en la Universidad Católica.

La obra profesional de Ramón es brillante y nueva. Rompió los moldes viejos, creó cosas que antes no hacían los Ingenieros Civiles, desarrolló la iniciativa del ingeniero hacia las empresas comerciales de alto vuelo.

No hace muchos años, un ilustre profesor universitario que sabía sintetizar

sus ideas en frases quemantes y drásticas revolucionó a sus alumnos de Mecánica Racional con dos teoremas nuevos, como él decía. El primero era este: "déjese de Mecánica y aprenda inglés"; y el segundo sarcástico y acre era este: "Cuanto es el capital de una empresa industrial o comercial para que ya no pueda ser manejada por Ingenieros Civiles".

El primer "teorema" era como decir: todas las grandes empresas, industrias, etc., necesitan del conocimiento del idioma inglés; eso vale más, muchas veces que el bagaje teórico técnico que dan nuestras escuelas. El segundo revelaba la incapacidad de un Ingeniero Civil de entonces, bien preparado como tal, para abordar la dirección, desarrollo o formación de grandes empresas industriales y mucho mayor incapacidad de formar, desarrollar o regentar empresas comerciales.

No voy a decir que hoy día sea Ramón Salinas el único que haya abordado con éxito tales empresas, pero sí fue el primero e indudablemente el que ha tenido más éxito en las empresas comerciales que tienen atinencia con la profesión, y su brillante actuación es prueba que sus conocimientos de Ingeniero Civil le han servido de punto de apoyo para crear y desarrollar. La disciplina mental lógica de la Matemática, la inducción y generalización que son el resorte de las Ciencias Físicas, llamadas técnicas, que son a su vez la base de la Ingeniería, han sido indudablemente las herramientas de que se ha valido Ramón en su vuelco profesional hacia las empresas comerciales.

Quiero hacer un recuerdo de los años de convivencia con Ramón en la oficina de Puertos. Se estudiaba la dirección que debía llevar el brazo largo del molo de abrigo del puerto de Valparaíso. La vehemencia y extremada previsión del inolvidable Jefe don Rubén Dávila Izquierdo, quería tener a la vista todas las soluciones posibles, conociendo el costo de todas las direcciones imaginables. Cubicaba Ramón, y don Rubén, cuando llegaba con una posición terminada le pedía que volviera a cubicar de nuevo el molo, variando la dirección 10 grados y después de lista ésta, variaba otros 10 grados. Yo hacía el papel del malo incitando a Ramón a interpolar y dar por hechas soluciones intermedias. El en cambio desechaba mi insinuación y cubicaba de nuevo, con toda honradez. Yo admiraba la paciencia y me edificaba con la honradez de Ramón. Esas cualidades, las ha ejercitado en toda su brillante vida profesional.

En 1926 y 1927 echa Ramón Salinas los cimientos de la Sociedad profesional que deseaba formar. Con Alberto Fabres Pinto, largas horas cambiaba ideas y hacía planes. Me tocó en esa ocasión intimar con Alberto Fabres, gran amigo de Ramón, un muchacho de un enorme don de gentes, de gran inteligencia, que era con Ramón una sola alma y una sola voluntad. Ellos dos con Gustavo Muñoz Goldemberg, distinguido ingeniero, formaron en 1928 la Sociedad de Construcciones Muñoz, Salinas y Fabres que en 1929 se convirtió en Salinas-Fabres Hermanos. Esta Sociedad fue próspera y duró hasta 1932, año en que Alberto Fabres, por esas inescrutables disposiciones de la Providencia, que no nos parecen posibles, falleció prematuramente lejos de Chile y de los suyos. En 1932, por esa causa dolorosa e inesperada se reestructuró la Sociedad tomando la razón social, Salinas y Fabres Ltda. En 1944, crece nuevamente; toma mucho mayor desarrollo y se convierte en Salinas, Fabres y Cía. que existe hasta hoy día. Desde 1934, además de las construcciones, la Sociedad ha tomado el rubro de importaciones de maquinarias de transporte, como son automóviles y camiones; maquinaria agrí-

cola y minera, que hoy día, a pesar de restricciones y dificultades que todos conocemos, se desarrollan con la representación de grandes fábricas extranjeras.

Lateralmente don Ramón Salinas emprende la reorganización y crecimiento de la Compañía Sud-Americana de Vapores, en 1940 y luego en 1944, puede decirse, es el creador del Banco Sud-Americano.

En pocas palabras he sintetizado una labor magna, que no se estanca sino que siempre busca nuevos campos y nuevos derroteros. Hoy es además Director de la Compañía de Acero del Pacífico.

El dirige todas estas empresas no solamente desde los sitios más destacados, sino mejor dicho desde los puntos más importantes para su desenvolvimiento y progreso. No necesito ponderar ante vosotros el estado floreciente de las empresas comerciales de Ramón Salinas, pues todos conocemos, en nuestro medio con cuanto éxito crecen y se robustecen cada día más y más. En numerosos viajes al extranjero ha ido perfeccionando sus obras, al ejemplo de otros países más adelantados y de más posibilidades que el nuestro.

Y si Salinas, Fabres y Cía., como las grandes empresas comerciales que hoy absorben a Ramón Salinas son árboles frondosos que ostentan su ópimos frutos en todas las ramas de sus actividades, ello se debe muy especialmente a las cualidades sobresalientes de él, que son: clarísima inteligencia, su férrea voluntad y sus bases técnicas, que se unen a una intachable honorabilidad, difícil de encontrar, muchas veces, en esas actividades, pero que son su garantía más segura de éxito.

Siempre he admirado a Ramón y aquí me complazco en manifestarlo, encuentro que esa apariencia de extremada bondad raras veces esconde una voluntad tan firme y decidida como la que sus grandes empresas han requerido.

Lo admiro también por todas sus cualidades, que en rápida ojeada he tratado de poner de relieve delante de vosotros. Ha pasado esa barrera que años atrás parecía imposible de atravesar a los Ingenieros Civiles, de planear, organizar y dirigir empresas comerciales. Ha demostrado que el teorema sarcástico a que he aludido es falso, pero que para demostrar su falsedad se necesita unir a una sólida preparación, una férrea voluntad y un tesón invencibles. Fuera de todos los demás relevantes méritos de Ramón Salinas, por esta sola razón es acreedor de sobra al galardón máximo de nuestro Instituto de Ingenieros, sintetizado en esa medalla de oro, que hoy recibe nuestro distinguido colega y amigo.

He dicho.

#### *Discurso del Sr. Ramón Salinas*

Mis buenos amigos Domingo Tagle y Francisco Javier Domínguez han debido echar mano de su mejor oratoria para justificar esta Medalla de Oro, que soy sincero al calificarla de inmerecida. Ellos, como mis antecesores en recibir este honor, han sido excepciones al defecto común de los ingenieros, que es la facilidad para callar, muchas veces identificada con la dificultad para expresarse. Yo no seré excepción; y ustedes, aunque seré breve, deberán soportar ese defecto, máxime porque siento ahora, y he venido sintiendo desde que se me anunció tan inesperada recompensa, una emoción que entraba mi escasa elocuencia.

Por eso, quisiera haber podido expresar mi intenso agradecimiento en mudo

abrazo que estrechara a todos y cada uno de los que contribuyeron a otorgarme esta Medalla, ambicionada por todo ingeniero que ama su profesión, pero que nunca soñé alcanzar. No siendo posibles tal abrazo ni tal silencio, serán mis palabras pobre expresión de mi gratitud por algo que acepto con la modestia del que, después de una larga lucha, siente el remordimiento de no haber dado lo suficiente y haber recibido, en cambio, demasiado.

Lo acepto al mismo tiempo con orgullo, pero no con el orgullo del que se considera merecedor de la recompensa, sino representante de un grupo enorme de ingenieros que, dentro del vasto campo de la profesión, han seguido la ruta apasionante de las empresas industriales, comerciales o agrícolas; la ruta de la producción y la distribución, aplicando a ella la disciplina científica y técnica que la Universidad les entregó. Muchos podrían, con mejores títulos, estar en mi lugar. Un juicio benévolo, me ha permitido ser ahora quien, al recibir este premio, les lleve una parte del reconocimiento de sus colegas, por la labor realizada. Ha sido una labor que está a la vista y que conviene analizar, aunque sea someramente.

No hace aún cuarenta años, nuestra economía estaba durmiendo la perezosa siesta colonial. La meta del ingeniero era modesta en comparación con la actual. Desarrollaba su esfuerzo en la agricultura o sirviendo al Fisco, que en el caso del ingeniero, era casi el único empresario de las grandes obras de su especialidad. La mayor parte de la industria, del alto comercio y la minería estaba entregada al trabajo de extranjeros acostumbrados a la dura lucha de sus tierras de origen.

Ese cuadro plácido, tal vez más alegre que el actual, pero inapropiado para una nación que avanza en su madurez, ha desaparecido de nuestro escenario. El decorado, los actores y hasta el drama son otros y los ingenieros, si no en forma exclusiva por cierto, a lo menos en importante legión, han estado corriendo presurosos entre bastidores, para cambiarlo todo antes que el público se impacienta. Ese trabajo, conocido de pocos, es el que deseo señalar con algunos antecedentes, ya que no quiero alargarme demasiado en el campo de las cifras, que aunque sea el nuestro, no es apropiado para un momento como éste.

No voy a referirme a la industria del cobre, ni a la del salitre. Estas dieron pasos de gigantes con anterioridad a la época que deseo analizar y ya han llegado a un período en que no se puede mantener el mismo ritmo de progreso que cuando se está creciendo; sobre todo cuando huelgas frecuentes y una política estrecha de gobierno, les restan mercados y permiten el nacimiento de fuertes competidores extranjeros, libres de trabas.

Junto a esas industrias ya adultas han nacido otras muchas en los últimos tiempos. La década de 1920 a 1930 acelera el desarrollo industrial. Como ejemplos de aquellos años, nos quedan, entre otros, Farmoquímica del Pacífico e Imprenta Universo, cuyas mayorías de edad estamos contemplando, y la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, que, a pesar de los años transcurridos, sigue planeando nuevas actividades con juvenil impulso.

Después de la niñez, vino la pubertad, con el magnífico crecimiento fabril y comercial de 1930 a 1940. Habían menguado en 1932, y era preciso reemplazarlas, muchas de las fuentes que alimentaban la renta nacional. Se crean entonces, en la industria química, Vidrios Planos Lirquén, Soquina, Cristalerías Yungay y Ceresita y en la industria metalúrgica aparece Mademsa. También nacen en esta década, Pizarreño, Textiles Caupolicán, la RCA Víctor Chilena y la Fábrica

de Sacos. Y si nombro únicamente éstas, entre cuarenta que merecerían mencionarse, es sólo por no entrar en una tediosa enumeración. No puedo, sin embargo, silenciar el nombre de Copec, que tomó para Chile una actividad tradicionalmente extranjera. Son de esta época, también, varias empresas comerciales, que al igual que Copec, invadieron el campo de la distribución y del comercio exterior, y barrieron el polvo de una larga rutina. Como ejemplo, citaré a Sogeco, obra en gran parte de colegas nuestros, cuya agilidad comercial y rápido desarrollo son admirables.

La década siguiente, la de 1940 a 1950, demuestra cómo el progreso industrial anterior, que someramente he reseñado, se extendió tanto al capital privado como al público, naciendo así, del esfuerzo independiente o combinado, industrias que representan verdaderas etapas fundamentales del proceso. De entonces son Insa y Madeco; Yarur y Said; Paipote y Cemento Polpaico; CAP, Endesa y ENAP. Estos solos nombres infunden confianza.

Igual optimismo produce ver que, aun contra las trabas, las intervenciones y la política económica deprimente, en los últimos tiempos haya nacido un promedio de cincuenta sociedades anónimas por año, cuyos capitales suman diez mil quinientos millones de pesos, sin contar los aumentos de capital de sociedades anónimas ya existentes, que alcanzan a cuarenta mil seiscientos millones. Estas cifras dan una idea del violento empuje que, a pesar de los obstáculos, nos arrastra.

Igual fuerza se observa en las asociaciones profesionales y así vemos cómo, sin independizarse del tronco común y con la cooperación eficiente de muchos ingenieros, aparece una Asociación de Industriales Metalúrgicos, legítimo orgullo de quienes la crearon. Al lado de ella, la Corporación de la Madera agrupa a los industriales de ese ramo, ansiosos de aportarnos la indudable riqueza de sus bosques.

Pero no han sido las industrias de los últimos treinta años las únicas que han progresado. Ahí están Lota y Schwager, que modernizan nuestra antigua y esforzada producción carbonera; Cemento Melón, que llevó una vida lánguida hasta que la guerra de 1914, al cerrar los mercados extranjeros, obligó al país a reconocer, al fin, la calidad del cemento nacional. Ahí están también, la Refinería de Azúcar de Viña del Mar, Socometal, Saavedra Benard, Cristalerías Chile; ahí está la Compañía Sudamericana de Vapores, la cual, en quince años ha cuadruplicado el tonelaje de sus barcos y conseguido hablar, de igual a igual, con poderosas empresas extranjeras.

¿Y qué decir de la construcción? Tengo por ella el cariño que se siente por lo que fue el principio del ejercicio libre de mi profesión y que nunca he abandonado. Trabajo en la construcción desde que ésta empezaba en nuestro país a dejar las andaderas; pero según un colega que es constructor de hace cuarenta años, los ingenieros de entonces tenían por aspiración máxima transformar antiguos caserones o, cuando la suerte era buena, edificar una que otra modesta casa habitación. Parece hoy imposible que en tan poco tiempo se haya avanzado tanto.

Y a pesar de lo dicho, estamos sólo al comienzo. Lo hecho, que he analizado brevemente, con pinceladas tal vez demasiado burdas, es como sacudida para despertarnos. El sur, virgen todavía, con una densidad de población de menos de un habitante por kilómetro cuadrado, reclama iniciativas y brazos que lo desembaracen de su riqueza. Nuestra política de cambios, artificial y teórica, limita nuestra

producción agrícola ansiosa de mercados extranjeros. La madera, un ramo que se ha explotado intensamente, pero que aun parece intocado, no puede abandonar sus montañas por esa falta de cambios apropiados y del transporte necesario. El hierro, el azufre y otros minerales padecen idéntico mal. Hasta el salitre, ahogado por absurdas trabas, ve destruirse sus instalaciones sin utilidades que permitan renovarlas.

Una administración pública hipertrofiada consume nuestro presupuesto y energías que deberían destinarse a mejorar los caminos, el sistema de riego y en general, los servicios de cooperación al progreso.

Debemos reaccionar y dominar esos males, logrando un lógico equilibrio que estimule y cree. Debe llegar el día en que el empleo austero de nuestras divisas, termine con la ansiedad de las industrias, cuya importación de materias primas es una incógnita que impide planear sobre bases sólidas, y ponga fin a la necesidad de aguzar el ingenio para mantener en trabajo máquinas que deberían reemplazarse urgentemente.

Así ha sido necesario trabajar por muchos años y a pesar de eso los resultados, como hemos visto, estimulan. ¿Cómo dejar de sentir un reconfortante orgullo por nuestra profesión, que, aunque no sea ella promotora exclusiva del esfuerzo de los últimos años, ha aportado a él mucho más que cualquier otra?

Soy un optimista que aun no cree haber llegado al momento en que las fuerzas flaquean y la decadencia se inicia. Al contrario, esta Medalla me hace reconocer un compromiso, del que soy plena y gustosamente consciente, porque corresponde a un anhelo íntimo y muy personal: el de esforzarme sin desmayo por justificar ante mí mismo la decisión que ahora me ha favorecido. Esa medalla, me da también derecho para hablar en especial a la gente joven, de algo que me inquieta y preocupa.

A grandes rasgos he diseñado una curva, que partiendo de una paz semi-colonial, se ha alzado vertiginosamente en pocos años. Esa curva debe seguir subiendo cada vez más alto. Es nuestra responsabilidad y la de los que nos siguen.

Temo, sin embargo, por el futuro.

Tal temor no es un síntoma de ancianidad que vea los tiempos idos como mejores que los actuales o los venideros.

No nace de desconfianza en los centros de enseñanza de nuestra profesión; al contrario, creo que su progreso ha sido quizás más pronunciado de lo que era de esperarse.

Nace, eso sí, de los tiempos que vivimos. De nuestra inflación desenfrenada y de los excesivos controles de nuestra economía. Estos dos males, están formando una generación que no ha conocido en su vida otro panorama y que por tanto, tiende a acomodar a él su existencia, su pensamiento y su acción.

Es la inclinación a la vida fácil; a obtener por privilegio y a vender con utilidad equivalente a mucho tiempo de trabajo duro.

Que no sea ésta la época en que el éxito se mide por la fortuna y en que los impulsos honrados terminan por morir en el desvío donde se imita a los que ganan sin lucha.

El país requiere grandes iniciativas, e incluso grandes aventuras, aunque sea a costa de grandes sacrificios.

Los que predicán los grandes sacrificios reciben patente de ingenuos y son-

risas irónicas. ¿Para qué, cuando la casa del barrio alto, el buen traje, el automóvil y las diversiones, mezquinas metas satisfactorias, están al alcance de la mano en el dólar o la acción que sube, en la previa de gran rendimiento o en las compras a plazo, que se pagan con moneda que cada día vale menos?

Se olvida así que el dinero es principalmente un medio de contribuir al progreso y al bien común.

Cuántos alumnos de nuestras escuelas universitarias, altamente dotados, desertan en el camino porque, contra la perspectiva oscura de un largo período de estudios, se presenta la otra, alegre y fácil, que he mencionado.

Es indispensable que ayudemos a la juventud a mirar horizontes más amplios, a comprender que, aunque es cierto que la inflación y el control son, para unos pocos y por poco tiempo, fuentes de recursos rápidos y fáciles, no se puede vivir basándose en tan mezquinas ganancias. La Patria exige tributo de sus hijos y habrá también un momento de la vida en que, al hacer el balance del camino recorrido, no nos satisfagan los frutos egoístas.

Hay además en la vida de todo hombre algo sagrado, que justifica cualquier esfuerzo y da sentido a toda inquietud ajena al dinero: la familia. Por ella, para legarle un nombre y para mejorar el mundo en que le toque vivir, es indispensable tener una aspiración altruista en nuestra vida.

A los hombres maduros que no la sienten, deseo traspasarles mi preocupación por una juventud que puede perderse en un escenario incierto y poco apropiado para que ella aporte el total de sus talentos.

A la juventud misma, le doy mi voz de alarma, para que esté atenta contra la tentación de seguir la ruta del menor esfuerzo. Algún día puede llegar a sobrarle el dinero, pero faltarle, en cambio, algo que con él no se compra jamás: la satisfacción de haber cumplido, a lo menos en parte, la deuda con la Patria, con la familia y consigo mismo.

La vida sigue un curso demasiado rápido y hay el riesgo de que se nos vaya de entre las manos, desperdiciada e inútil.

Me parece que sólo ayer iniciaba mi carrera de ingeniero y hoy, al recibir esta Medalla de Oro, veo que el tiempo ha avanzado con excesiva, con inesperada premura. Veo que, aunque uno crea que todavía no es hora, el balance de la vida está más cerca de lo que pensaba. Esta ceremonia de hoy es una advertencia. La agradezco, pues, sobre todo porque me demuestra que, al hacer ese balance, podré anotar en el Haber el aprecio de todos los que hoy están aquí y a quienes, una vez más, les hago llegar un emocionado y sincero: Muchas gracias.